

LAS RELACIONES SOBRE EL MUNDO UTÓPICO: CRÓNICAS DE JOAQUÍN GUTIÉRREZ MANGEL

*Carlos Manuel Villalobos Villalobos**

¿Con qué derecho el imperialismo ha venido aquí a asesinar, a destruir a incendiar? ¿No se merece acaso todo el odio del mundo, aunque solo fuera por haber venido a destrozarse los sueños de Au, de Trou, de Flor de Oro y de Clara Luna?

Joaquín Gutiérrez, Vietnam, 1966

ABSTRACT

The Gutierrez' chronicles show two aspects that allow us to characterize its *enunciatorio*. One is the ideological socialist dimension and the other is the mischievous element present in the different stories. In this way, Gutierrez' interest lies upon human dimension, rather than upon history or an extended description typical of XIX century chroniclers.

Key words: Costa Rican literature, *Cocorí*, chronicle, utopia.

RESUMEN

Las crónicas gutierrezanas muestran dos aspectos discursivos que permiten caracterizar a su enunciatorio. Una es la dimensión ideológica socialista y, la otra es la picardía que atraviesa muchos de los relatos. Así pues, Gutiérrez se interesa por la dimensión humana, más que por lo histórico o la amplia descripción típica de los cronistas del siglo XIX.

Palabras clave: Literatura costarricense, *Cocorí*, crónica, utopía.

La crónica es un tipo discursivo plurifuncional de larga tradición. Es juego literario, es trabajo periodístico y es documento primario de la historia. De acuerdo con Walter Mignolo, la crónica es un informe del pasado o la anotación de los acontecimientos del presente, fuertemente estructurados por la secuencia temporal. (1992:75). Más que relato o descripción, en su sentido medieval, era una "lista" organizada de acontecimientos que se deseaban conservar en la memoria. Todavía a mediados del siglo XIX, los periodistas se definían a sí mismos como cronistas, y a sus trabajos los llamaban crónicas. Con el tiempo se ha ido distinguiendo de la noticia, pues mientras a esta última le interesa más el

qué, la crónica busca explicar fundamentalmente el cómo, y por ello recurre a una exposición cronológica en la que se detallan las causas y los efectos del hecho. De acuerdo con Leñero y Marín, autores de un manual básico de periodismo, (1986: 156) la crónica es una de las expresiones periodísticas más literarias, pues describe personajes desde diversos ángulos y emplea recursos dramáticos. Por ello, más allá de la rigurosidad histórica que la caracteriza, la crónica se contagia de los ardid anecdóticos de la literatura y los anzuelos periodísticos que el reportero le lanza a los lectores. Es el género preferido de los viajeros y el más utilizado por los corresponsales de guerra. Estalló como nunca hace 500 años en las impresiones de los europeos que se encontraron con la sorpresa del Edén abierto y casi el nido de maravillosos monstruos nunca vistos. La

* M.L. Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.

trajeron John Baily, Frederick Boyle, Krawtwing, Kuntze y muchos otros aventureros que cruzaron nuestras pueblos en el siglo XIX y describieron lo que a sus ojos eran tierras de curiosidad exótica.

Un siglo después, en medio de los recuentos genocidas de los nacionalismos europeos y los desafueros de la Guerra Fría, un cronista costarricense hizo el viaje a la inversa. Joaquín Gutiérrez Mangel recorrió nieves, angustias, aldeas, esperanzas y cientos de ciudades europeas, del Extremo Oriente y de Siberia. Iba inspirado por la ilusión socialista de aquellos años de posguerra. Tres libros, escritos a modo de crónicas, dan cuenta de esta utopía, de la que Gutiérrez fue un apóstol decidido.

A finales de 1949 e inicios de 1950 estuvo en Polonia como delegado al Congreso Mundial de la Paz. Las crónicas de este viaje, publicadas originalmente en la prensa, aparecieron tiempo después como libro bajo el título: *Del Mapocho al Vístula: crónica de viaje* (1951). En 1966, se convierte en uno de los poquísimos periodistas del mundo que logra ingresar a Vietnam y actuar durante varias semanas como corresponsal de guerra. Esta experiencia será recogida bajo el título de *Vietnam, Crónicas de Guerra*. A estos dos textos se puede adjuntar también: *La URSS tal cual* (1967) elaborado con base en una selección de artículos publicados durante su estadía en la antigua Unión Soviética.

Gutiérrez Mangel fue un extraordinario trotamundos. Él mismo afirma que a la salida de Costa Rica había “*campaneado*” partir como Marco Polo y llegar hasta el Kitay. Y lo hizo: fue testigo de momentos claves de la historia del siglo XX. En 1939, fue a Argentina como el representante tico de la Olimpiada Mundial de Ajedrez. De Buenos Aires planeaba viajar a Francia y encontrarse con un tío materno, pero la II Guerra Mundial se le atravesó en mitad de la competencia. Decidió entonces quedarse en Chile, entre otras razones porque el Frente Popular acababa de ganar las elecciones, porque había nieve y también porque las chilenas eran muy guapas. Ahí fundó una familia y se rodeó de aliados literarios y políticos: Pablo Neruda y Salvador Allende, entre otros.

En 1949, asiste al Congreso Mundial de la Paz, en Varsovia. El recorrido por siete países europeos le permite evaluar las secuelas de la espantosa guerra. En Polonia, los esqueletos de las casas calcinadas le parecen inmensas dentaduras podridas y en Auschwitz, el mayor campo de exterminio nazi, en un recorrido junto al gran poeta español Rafael Alberti, jura hablar una y otra vez del macabro espectáculo. En Italia, acompaña a Neruda a reunirse con Gabriela Mistral y es víctima de una intimidación policíaca que procura detener los recitales de Neruda.

De 1960 a 1962 trabaja en Pekín en la Editorial de Lenguas Extranjeras. Estos dos años en China le permiten una comprensión más cercana del Extremo Oriente. Pero será aún más intensa su estadía en Moscú, donde se traslada a trabajar como corresponsal del periódico chileno “El Siglo”. Aquí vivió cuatro años –de 1962 a 1966– y gracias a su trabajo, como el mismo afirma: “pudimos meternos por todas partes y escudriñar todo”. (Tomo III, 362). A finales de 1965 había visitado doce de las quince Repúblicas Soviéticas, había recorrido de Vilnius a Samarcanda, de Leningrado a Baku, había conocido etnias antiquísimas y visitado lugares que muy pocos extranjeros habían llegado a conocer.

En 1965, el gobierno de Vietnam le concede una visa para hacer un recorrido periodístico por el país. Este privilegio lo lograron pocos corresponsales en ese contexto. De hecho, a Vietnam del Norte, hasta esa fecha ese honor solo sido concedido a Wilfred Burchett, corresponsal australiano y a Madelaine Riffaud, periodista francesa del diario “*L’Humanité*”. (Tomo III, 258). Bajo los aviones estadounidenses que descargaban toneladas de explosivos, Gutiérrez Mangel recorre Vietnam y escribe una de las vivencias más emotivas a través de lo que sería el mayor éxito de resistencia antiimperialista del siglo XX. Los vietnamitas acaban de derribar el avión número mil, justo en el momento en que llega el visitante. El pueblo entero lo celebra y como trofeo simbólico al finalizar la visita le entregan a Quincho un peine hecho con aluminio del avión. Aún faltaban por derribar 2000 aviones más antes de que aquellos campesinos desdentados acabaran de derrotar al ejército más poderoso

del mundo. Pero la mayor alegría de Gutiérrez no fueron las argucias bélicas que nunca dejó de aplaudir, sino el inesperado encuentro con el autor intelectual y moral de aquella proeza. En efecto, logra entrevistar al Presidente Ho Chi Minh, considerado junto con Lenin y Mao Tse-tung, como uno de los mayores ideólogos y líderes de las revoluciones socialistas del siglo XX.

Pero la experiencia de estar justo donde la Historia va dejando huellas, no deja tranquilo a Gutiérrez, ni siquiera cuando decide regresar a Chile. En 1973 es testigo de un golpe mortal a la esperanza socialista. Su amigo, Salvador Allende, ha sido asesinado y en su lugar se instaura una dictadura de derecha. La vida del novelista costarricense corre peligro y esta vez el gobierno de Figueres Ferrer interviene para salvarlo. Pero esa otra historia nunca pudo salirle de la pluma. Quizá porque a pesar de todo, siguió soñando con la utopía que lo entusiasmaba detrás de la cortina de hierro.

Fue precisamente esa visión utópica la que dejó escrita en sus libros sobre los viajes a Polonia y a Vietnam y en las cerca de 400 crónicas que envió desde la Unión Soviética al periódico “*El siglo*”. De adolescente, confiesa en sus crónicas, que admiraba a Sandino y su semilla libertaria. Mientras describe los paisajes y narra las anécdotas, va haciendo anotaciones axiológicas que evidencian su postura. Cuando parte hacia Europa y pasa por Brasil no puede evitar ir más allá de la descripción:

(...) las más bellas playas “do mundo”, las “garotinhas más lindas da terra”, y, escondidos en el tropical y exuberante follaje de los cerros, los conventillos, las villas miseria, o, aquí, las favelas, en donde viven en racimos un millón de negros”. Pero todo cambiará. Cambiaremos. (Tomo III, p. 177).

Una impresión similar le produce la España franquista, a la que no puede evitar llamar medievalista. Hay que recordar aquí que Gutiérrez había participado años atrás en diversos manifiestos literarios en contra de Franco. Entonces ofrece datos terribles y en un párrafo posterior agrega:

Repitémoslo para no olvidarlo: en 1949 de cada cien niños más de 75 son tuberculosos en la España de

Franco. Y otras: 17.000 grandes latifundistas tienen el doble de tierra que tres y medio millones de campesinos; y hay 14000 millonarios con una entrada anual superior a los 2800 millones de pesetas; y más de tres millones de cesantes (Tomo III, p. 178).

Unos cuántos párrafos más adelante no puede evitarlo y estalla con una exclamación evidentemente nerudiana: “¡Pobre España! ¡Cómo nos pesa en el corazón!” (Tomo III, 179).

En cambio, las presentaciones que hace de los países socialistas son totalmente optimistas. Admira de los polacos la capacidad organizativa de cara a la reconstrucción, y cita ejemplos donde el sistema socialista se presenta como una solución a los cuadros mostrados en Brasil y España. En Zakopane una ciudad de deportes invernales, afirma que antes esta era solamente destino de las clases adineradas. Ahora en cambio, en manos del pueblo, la situación es mucho más justa: “Lo que antes disfrutaban unas pocas familias ricas, y sólo en los meses de invierno –para patinar, esquiar o andar en trineo– ahora lo disfrutaban miles y miles de niños los doce meses del año” (Tomo III, p. 208-209). De este modo, no solo se socializa la economía, sino también la diversión. Por otra parte, los tiempos de paz y justicia social permiten un paisaje que le sirven de modelo al cronista para demostrar que sus ideas socialistas se fundamentan en evidencias irrefutables.

Igual impresión registra en Vietnam. En una visita a una fábrica textilera, originalmente construida por los franceses para explotar a los pobladores, corrobora que en manos del pueblo es mucho más productiva. Además ahora cuentan con leyes sociales y el nivel de la enseñanza es mucho superior. Este otro pueblo no vive un clima de paz, pero la estrategia socialista posibilita este escenario de lucha y eficacia.

Pero la visión más encantada se produce frente a las ingeniosas tácticas de resistencia. Los ejemplos abundan: túneles falsos para despistar al enemigo, debajo de los cuales están los verdaderos, construidos en zigzag para evitar ser alcanzados por el fuego de los lanzallamas; (Joaquín quieren entrar a uno pero no cabe) niños que estudian normalmente en una escuela clandestina y desaparecen casi por arte de magia en menos de un minuto antes de que una bomba los alcance.

Cuando los aviones se van, los escolares salen ordenadamente de sus refugios y siguen estudiando con igual entrega. (Unos de ellos lo confunden con un piloto yanqui detenido y se lanzan a insultarlo). Las mujeres ocupan un papel decisivo y vigilan por horas desde puestos camuflados. Le Thi Duom, una de ellas, ve venir un avión como un rayo. Sin parpadear dispara y el avión cae entre llamas a pocos kilómetros detrás de sus trenzas. Un peine hecho con aluminio del aparato y una inscripción memorativa es el trofeo que le muestra orgullosa al visitante. Frente a estas acciones, evidentemente emocionado, Quincho exclama: “¡Ah, hijos de ángeles con diablillos! Que combatían así, con sus instrumentos de labranza o con las armas que le capturaban al enemigo” (Tomo III, p. 321).

Esta capacidad creativa y heroica que encuentra en la cultura vietnamita, hacen que el cronista concluya visiblemente impactado: “me alejo sabiendo que podré vivir muchos años más, pero que jamás olvidaré todo lo que viví y aprendí en estas semanas con los vietnamitas” (344).

Estas crónicas gutierrezanas muestran dos aspectos discursivos que permiten caracterizar a su enunciatario. Una es la dimensión ideológica socialista que he venido comentando. La otra es la picardía que atraviesa muchos de los relatos. Se trata de una actitud que particulariza al cronista. El humor, la broma y los propios líos anecdóticos del autor muestran una faceta que saca los relatos de lo ceremonioso y lo meramente didáctico. Gutiérrez se interesa por la dimensión humana, más que por lo histórico o la amplia descripción típica de los cronistas del siglo XIX.

Esta faceta humorística, en todo caso no es exclusiva de sus crónicas. Es, se puede afirmar, una característica personal que aparece en las charlas cotidianas. Desde que llega a Chile en 1939, entra dando bromas. Cuando escribe los datos personales en un hotel en la estación de Mapocho, no sabe qué oficio poner. No se atreve a escribir poeta, ni ajedrecista. El tipo del hotel lo mira impaciente y para no despertar recelos, con letra muy grande y firme escribe: NIGROMANTE, es decir practicante de magia negra. “Y con ese abracadante oficio, escribe Quincho, entré y me quedé en Chile”.

En sus viajes, los actos pícaros se asoman por los entreveros de la emoción ideológica. La policía italiana envía una notificación a él y a Pablo Neruda para que se presenten a la delegación. Quieren evitar que Neruda haga más recitales mientras se encuentra en el país el presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower. Un influyente senador de izquierda se ofrece a intervenir, pero recomienda que Joaquín no vaya pues será complicado explicar lo de su nacionalidad. Quincho se queda en el automóvil, pero no soporta esperar y entra a pesar de la advertencia. Camina por el pasillo y no se aguanta las ganas de entreabrir la puerta y observar la escena. Luego la cierra y, sin que nadie se entere, vuelve al automóvil. Cuando la comitiva regresa Joaquín maneja los detalles de lo ocurrido, incluyendo el hecho de que el Questor policiaco, ocupaba una sillita, mientras los citados se hallaban sentados en frondosos sillones. Cuando Neruda por fin se entera de lo que ha hecho Quincho se molesta y por ello cuando Joaquín pregunta ¿Y ahora qué hago con mi citación?, Neruda se apresura a responder: ¡Ah, eso si no sabes, cómo se bota un papelito!” (244).

En la interrelación con las personas que va encontrando, después de la conversación periodística, es común que finalice con alguna broma, especialmente frente a los niños y las muchachas. En Nova Huta, Polonia, se encarama en los andamios de una construcción donde unas muchachas están pegando ladrillos. En medio de una conversación seria, rompe el protocolo y le pregunta a una de ellas que si tiene novio, las demás se mueren de la risa y arman una vocinglería. Igual pregunta le hace a Le Thi Doum, la adolescente que derribó de un balazo un avión estadounidense. “Y ante esta pregunta -confiesa Quincho- la muchachita, que no parpadó frente al avión enemigo, se disuelve como un terrón de azúcar en el agua y todos los rubores de la adolescente campesina se le suben al rostro” (Tomo III, 304).

En la introspección que hace del pueblo soviético, busca anécdotas que ilustren el modo de ser de la gente. Le interesan sobre todo aquellas que tengan un contenido humorístico. Por ejemplo, le llama la atención de que a pesar de los severos que son en los hospitales, los soviéticos se las arreglan para llevarle vodka a los enfermos

y estos aprovechan para brindar con los visitantes. En una ocasión en que Quincho visitaba a un amigo uruguayo, los enfermos del cuarto, aprovechando que era primero de enero, armaron una fiesta. Sacaban botellas que habían escondido hasta detrás de las vacinillas. De repente una enfermera entró y los descubrió. Comprensiva, cerró rápidamente la puerta para que el escándalo no se escuchara afuera (425).

Otras anécdotas divertidas las toma de la prensa y las reproduce en los textos que envía al diario chileno. He aquí una que podría ganar un concurso: Tres compadres salen de la fábrica y pasan a una cantina a tomar vodka. Cuando van por la tercera botella, Piotr apuesta a que él es capaz de lanzarse de cabeza en la piscina de los osos polares en el zoológico de Leningrado. En otra cultura esta sería una apuesta de borrachos, pero en la URSS, la palabra es la palabra.

Margarita, –nos va narrando Quincho– una gigantesca osa blanca, oyó el chapuzón y nadó al encuentro de Piotr. Por suerte acaba de comer, estaba satisfecha, consideró que Piotr era una especie de muñeco que le regalaban para distraerla, y tomándolo delicadamente con sus enormes fauces por la cabeza comenzó a pasearlo de aquí para allá por la piscina. Llegaron los bomberos, lo sacaron, lo llevaron al hospital y allí tuvieron que hacerle 17 puntos en el cuero cabelludo (450).

Cuando volvió de la anestesia, feliz de la hazaña, Piotr gritaba emocionado que había ganado la apuesta.

Es evidente que estas imágenes no forman parte de un programa narrativo de causa y efecto, sino más bien de las casualidades que se gestan como “encuentro azaroso”. Forman parte de las vivencias del viajero. Por ello, la crónica asiste únicamente a un momento de la vida de los diversos personajes cotidianos. No se sabe su historia anterior, tampoco es posible seguirle el rastro al destino de cada uno de ellos. Lo único que tiene lógica, y que sí comprende un programa, es el escenario del recorrido. Hay un punto partida y un punto de llegada; hay una salida y un regreso. De este modo, sabemos que Gutiérrez sale de Mapocho y llega a Vístula o que atraviesa Vietnam y luego Rusia.

En esta trayectoria el camino surge como la principal marca escénica. Estamos entonces frente a lo que el teórico ruso, Mijaíl Batín define como el cronotopo del camino, donde el tiempo y el espacio se confunden para trazar una distancia espacio-temporal. Según Bajtín el arte y la literatura están impregnados con valores cronotópicos de diversa magnitud y nivel. Uno de ellos es el que se construye en el viaje. En las crónicas de Joaquín Gutiérrez aparece, por la tipología del discurso, dicha cronotopía. Para el citado teórico ruso en esta marca espacio-temporal, “se intersectan los caminos de gente de todo tipo: de representantes de todos los niveles y estratos sociales, de todas las religiones y todas las nacionalidades, de todas las edades” (1989:394). De este modo, el camino está presente en la novela antigua de costumbres y viajes, tales como el *Satiricón*, de Petronio y *El asno de oro*, de Apuleyo. También aparece en las novelas de caballería medievales, lo mismo que en las novelas picarescas, como por ejemplo en *Lazarillo* y *Guzmán*. Otro escenario en el que se escenifican los caminos es en la novela de Walter Scott y en la novela histórica rusa, como por ejemplo en *Yuri Miloslavski*, de Zagoskin. Pero más allá del género novelesco, Bajtín ve también la presencia del camino en lo que él denomina “géneros sin argumentos” tales como los apuntes de viajes del siglo XVIII (el *Viaje de Petersburgo a Moscú*, de Radíchev), y en los reportajes de viajes de la primera mitad del siglo XIX (por ejemplo, Heine) (1989:396).

Estas crónicas gutierrezanas, pertenecientes a estos “géneros sin argumento” se insertan en la línea cronotópica del viaje. Las marcas espacio-temporales relacionadas con el recorrido forman parte constante del relato. Véase la siguiente descripción ocurrida en Vietnam:

Iniciamos el recorrido por la inolvidable carretera No.1. Esta es la carretera que va desde Hanoi hasta Sigón, por cientos de kilómetros, y cuyo sólo recorrido ya valía mi viaje.

Atrás van los tres charlando y riéndose muy entretenidos. Trang, como si no los oyera, preocupado todo el tiempo por su “jeep”, como una madre con su hijo. Y yo, para no cortarles la alegría, me dedico a mirar el paisaje aprovechando las últimas luces vespertinas. Es similar a muchas regiones de la América

tropical, salvo las enormes planicies de los arrozales y los cráteres abiertos por las bombas. (Tomo III, 277-278).

De este modo, el viaje no solo se establece como un recorrido en kilómetros, sino en horas o días. Esto ocurre porque el camino como cronotopo no puede separar estas dos dimensiones. Así entonces durante la noche la relación tiempo espacio se establece en “unos 30 ó 40 Km por hora”, pero cuando deben apagar las luches por peligro de los aviones “continuábamos la marcha, por entre la muchedumbre, a unos 20 km por hora (sic) (Tomo III, 279).

Algunos de los motivos recurrentes del cronotopo del camino son el encuentro, la lejanía, la cercanía, la huida y la persecución. Estos dos últimos son mucho más evidentes en Vietman, cuando debía salir corriendo ante el ataque de las fuerzas estadounidenses. De este modo, Gutiérrez es actor, pues se involucra intensamente con el otro; es testigo, pues mira con ojos etnográficos las culturas que visita; y es al mismo tiempo el autor literario que cuenta y describe las vivencias.

El estilo discursivo que utiliza el escritor costarricense se caracteriza por la aproximación a la estrategia periodística, pues las crónicas se elaboran a modo de pequeños relatos titulados independientemente destinados a ocuparán un artículo corto en el periódico. No están pensadas como textos literarios y menos como conjunto de artículos para una sola publicación con formato de libro, aunque al unirlos para las publicaciones posteriores, evidentemente se pudo conseguir la unidad temática dado que correspondían a la trayectoria de viajes específicos. Sin embargo, el oficio literario del periodista no puede evitar la incursión del discurso literario. No solo se encuentran recursos líricos como comparaciones, sino recursos dramático narrativos que le confieren al relato una emoción particular.

El viajero que visita la identidad de un pueblo, no el turista que se toma fotos en los landmarks, el viajero de verdad nunca más podrá mirarse completo a sí mismo, pues el viaje, aunque uno no se lo proponga, es también una búsqueda identitaria. Y a Joaquín una parte de los otros se le va enredando a cada paso. A diferencia de muchos

de los viajeros que evaluaban nuestras culturas con ojos de censura monológica, las crónicas gutierrezanas dialogan en todo momento con el otro. Son una aproximación de lo social a lo individual; de lo ideológico, al alma humana.

En 1862, Pougin, Ed. un viajero belga llega a Costa Rica con la idea de explorar el territorio y desarrollar la industria, el comercio y la inmigración de su país. El gobierno tico de entonces se contornea legalmente para provocar la seducción y entregarse. Con mirada codiciosa el visitante se pasea sin mirar. Igual ocurre con el alemán Karl Schwalbe, quien en 1867 llega a Centroamérica a explorar con mirada imperialista. Un siglo después, el viajero tico que ahora nos ocupa escribe con una visión radicalmente distinta. La exploración de Joaquín Gutiérrez es psicológica: mira la alegría, el valor y los apuros de la gente. Conversa con ellos, bromea y le apuesta a la libertad. Ofrece datos y estalla en júbilo o en enojo cuando la información le parece justa o injusta. Las crónicas de la conquista y aún las decimonónicas hablan desde una lógica imperialista; las de Gutiérrez se construyen desde los imaginarios del socialismo utópico. Esta diferencia ideológica es la que distingue los estilos discursivos, las agendas temáticas y sobre todo el carácter emotivo y axiológico. Sin duda las crónicas de Gutiérrez son mucho emotivas que la frialdad descriptiva que muestran las monológicas desde el imaginario de la superioridad.

Gutiérrez ha dejado además un documento histórico etnográfico de gran riqueza para construir parte de la historia del siglo XX, sobre todo en el contexto de lo que fue el fin de Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Su trabajo se adelantó a la lógica discursiva de una literatura latinoamericana que en la época solía mirar únicamente hacia adentro. Hoy cuando los escritores de la posmodernidad construyen sus escenarios literarios en cualquier lugar del mundo, este enfoque no es tan extraño. Pero en aquel contexto, lo lógico era que los únicos cronistas fueran los venían del centro a la periferia. Lo novedoso de los viajes de este literato latinoamericano es que hizo el viaje al revés. Y esto en cierto modo es una irreverencia, pues ahora el mundo europeo se

convierte en objeto de investigación etnográfica para un nativo de las tierras tropicales.

Conocedor de lenguas y de gentes, “*Quincho*”, -como cariñosamente le decían sus amigos- cultivó el arte de viajar como pocos costarricenses. Si el título de caballero andante existiera, desde luego más allá de la locura de aquel utopista llamado Alonso Quijana, ese título habría que dárselo Joaquín Gutiérrez, pues no solamente viajó alrededor del mundo, sino que nos dejó como herencia, la trinitaria expresión de sus crónicas: hizo periodismo, hizo literatura, hizo historia.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Trad. Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra. Madrid: Editorial Taurus.
- Gutiérrez Mangel, Joaquín. 1991. *Obras Completas*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Leñero, Vicente y Marín, Carlos. 1986. *Manual de periodismo*. México: Editorial Grijalbo, S.A.
- Mignolo, Walter. 1992. “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista. En *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. 2001. *Entre silladas y relojes. Viajeros por Costa Rica de 1850 a 1950*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.